

Cartas inéditas de Luis Cernuda

Presentación y comentarios de James Valender

Las dos cartas que tengo el gusto de presentar aquí fueron escritas por Luis Cernuda en el otoño de 1938 y corresponden a un momento especialmente difícil en su vida. El poeta había salido de España en febrero del mismo año, invitado por un joven poeta inglés, Stanley Richardson, a dar una serie de conferencias en Inglaterra. Cernuda aceptó la invitación, pensando que estaría fuera, cuando mucho, un par de meses; que una vez terminada la gira, regresaría a Madrid y a la guerra civil que asediaba a España desde el verano de 1936. Las suposiciones del poeta resultaron infundadas y eso por varios motivos. En primer lugar, porque la invitación fue un simple pretexto que se ingenió el amigo inglés para poder rescatarlo de la guerra y así salvarlo de los peligros muy reales que la guerra representaba. Cuando Cernuda llegó a Londres, descubrió que Richardson no había organizado ninguna conferencia (al menos no hay constancia de que Cernuda haya dado charla alguna, lo cual resulta entendible, además, si se recuerda que el dominio que tenía entonces de la lengua inglesa era sumamente precario). Pero, peor todavía, Richardson tampoco contaba con apoyo oficial alguno a la hora de extender su invitación, lo cual significó que, durante su estancia en Inglaterra, el sevillano dependía absolutamente de su joven amigo inglés para su subsistencia diaria.

Cernuda aguantó cuatro meses viviendo así, pero en junio de 1938, harto de depender de Richardson y humillado por la fría condescendencia de los ingleses a los que le tocó tratar, se marchó a París, como primer paso para regresar a España. Ése al menos fue su propósito, pero al llegar a París Cernuda descubrió que la situación militar de los republicanos en España había empeora-

do a tal grado que el gobierno francés había decidido cerrar la frontera a lo largo de los Pirineos. Por lo mismo, el poeta se vio obligado a quedarse en París, nuevamente sin un centavo con que pagar alojamiento o comida. Así pasó los meses de junio, julio y agosto. La situación finalmente se resolvió en septiembre, cuando Richardson le anunció por carta (y desde Inglaterra) que le había conseguido el puesto de lector español en un internado, o *public school*, en el sur del país. Ayudado por otro español, Rafael Martínez Nadal, que estuvo entonces de paso por París, Cernuda volvió a cruzar el Canal de la Mancha para ocupar el puesto que Richardson le había tramitado. Y fue desde ese internado, Cranleigh School, desde donde, en septiembre de 1938, Cernuda inició su breve correspondencia con el destinatario de las dos cartas que presento aquí, Américo Castro.¹

El nombre de Américo Castro (1885-1972) no suele relacionarse con el de Cernuda y, en efecto, en tanto investigador del Centro de Estudios Históricos, de Madrid, y en cuanto autor de libros como *Vida de Lope de Vega* (1919) y *El pensamiento de Cervantes* (1925) y *Santa Teresa y otros ensayos* (1932), Castro representaba el tipo de profesor y erudito contra el cual el sevillano solía sentir un rechazo casi instintivo. Pero la guerra a menudo une a personas que en tiempos de paz tal vez no se tratarían nunca. Así, Castro y Cernuda coincidieron en París en el verano de 1938, exiliados los dos, y —en con-

¹ Agradezco a la profesora Tatiana Aguilar Álvarez-Bay el generoso envío de una imagen escaneada de ambas cartas. Mi más sincero agradecimiento, asimismo, al profesor Ángel Yanguas Álvarez de Toledo, el sobrino nieto del poeta, por su autorización de reproducirlas aquí.

tra de todo lo que cabía esperarse— parecen haberse llevado bien, el uno interesándose por la suerte del otro en un momento de gran incertidumbre para ambos. Y de ahí la primera de las dos cartas, que Cernuda le escribió a Castro para contarle la solución que de repente se había dado a su situación, como también para agradecerle sus atenciones. Al igual que la segunda carta, esta primera fue escrita en papel membretado en donde consta la dirección del colegio donde Cernuda ya para entonces trabajaba (“Cranleigh School, Near Guildford, Surrey”), seguida por dos números telefónicos (“School: Cranleigh 50. Common Room: Cranleigh 342”):

23 septiembre [1938]

Querido Señor Castro: aquí me tiene como profesor de español en este colegio. Las cosas se arreglaron favorablemente para mí de modo inesperado. No me atrevo sin embargo a congratularme demasiado, porque en estos momentos nunca sabe uno dónde pararán los acontecimientos.

Aquí la gente es muy optimista con respecto a la paz. Los elogios a Chamberlain son unánimes, casi.

Aunque la residencia aquí deba ser un tanto aburrida a la larga, al menos hay calma y espero llegar a conocer bien este país y su idioma, que sólo hablo ahora a medias.

Muchas gracias por su interés hacia mí en París. Le saluda cordialmente su amigo

Luis Cernuda

No se sabe cuáles fueron las atenciones que Cernuda recibió de Castro durante aquel verano, pero el poeta evidentemente apreció la amistad que el otro exiliado le había brindado. Por otra parte, la carta también tiene el interés de mostrar la curiosidad con que, después de haber recuperado por fin cierta independencia económica, Cernuda ahora se asomaba al mundo de los ingleses. Pero más que nada esta breve misiva tiene el valor de recordarnos los importantes acontecimientos políticos ocurridos en aquellos días, todos relacionados con la expansión militarista de la Alemania nazi. Después de invadir Austria en marzo de 1938, Hitler ahora tenía a Checoslovaquia en sus miras. De hecho, con el pretexto de que la mayoría de sus habitantes hablaba el alemán, a mediados del mes de septiembre Adolfo Hitler amenazó con anexionar la región checa de los Sudetes, proponiendo, además, que Polonia y Hungría se repartieran entre ellos el resto del país. Durante varios días el mundo entero esperó, nerviosísimo, para ver cuál sería la reacción de Inglaterra y Francia. Reunidos con Hermann Goering y Benito Mussolini en Munich, el primer ministro inglés, Neville Chamberlain, y su homólogo francés, Édouard Daladier, por fin decidieron aprobar la anexión, creyendo así evitar el estallido de una segunda guerra mundial. Si bien en Inglaterra Chamberlain

CAC-32-04-0045

CRANLEIGH SCHOOL,
NEAR GUILDFORD,
SURREY.
SCHOOL: CRANLEIGH 50.
COMMON ROOM " 342.

23 Septiembre

Querido Señor Castro: aquí me tiene como profesor de español en este colegio. Las cosas se arreglaron favorablemente para mí de modo inesperado. No me atrevo sin embargo a congratularme demasiado, porque en estos momentos nunca sabe uno dónde pararán los acontecimientos.

Aquí la gente es muy optimista con respecto a la paz. Los elogios a Chamberlain son unánimes, casi.

Aunque la residencia aquí deba ser un tanto aburrida a la larga, al menos hay calma y espero llegar a conocer bien este país y su idioma, que sólo hablo ahora a medias.

Muchas gracias por su interés hacia mí en París. Le saluda cordialmente su amigo Luis Cernuda

CAC-32-04-0046

CRANLEIGH SCHOOL,
NEAR GUILDFORD,
SURREY.
SCHOOL: CRANLEIGH SO.
COMMON ROOM " 342.

24 Octubre

Querido señor Castro: muchas gracias por su carta. De Rosenblatt no sé nada; supongo que sigue en París, ya que lo del Ecuador, como usted le previno, es cosa más que problemática.

Parece que se aleja la tormenta de las pasadas semanas, aunque no desaparezca del todo. Francia es la peor parada según los bandazos que está dando. Aquí, tras del contento con la paz, aparecen las objeciones. El discurso de Churchill recoge

ha pasado a la historia como un político endeble, incapaz de hacer frente a las ambiciones territoriales de Hitler, el hecho es que en aquel momento la mayor parte de la población inglesa estuvo de acuerdo con la decisión tomada, tal y como señala Cernuda en su carta.

Cuando Cernuda volvió a escribir a Castro, fue para responder a una carta en la que el filólogo e historiador, por lo visto, le habría preguntado por otro colega que había coincidido con ellos en París. Se trataba del hispanista Ángel Rosenblat (1902-1984) que, aunque formado con Amado Alonso en el Instituto de Filología de Buenos Aires, pasó tres años trabajando con Ramón Menéndez Pidal (y con Castro) en Madrid, en el Centro de Estudios Históricos, entre 1933 y 1936. Cernuda no supo decirle nada con respecto a Rosenblat, pero en su nueva carta a Castro sí hizo comentarios sobre otros temas de indudable interés:

24 octubre [1938]

Querido señor Castro: muchas gracias por su carta. De Rosenblat no sé nada; supongo que sigue en París, ya que lo del Ecuador, como usted le previno, es cosa más que problemática.

Parece que se aleja la tormenta de las pasadas semanas, aunque no desaparezca del todo. Francia es la peor parada según los bandazos que está dando. Aquí, tras del contento con la paz, aparecen las objeciones. El discurso de Churchill recoge las más sensatas.

Éste es un país que parece sufrir vejez prematura (yo me aficiono ahora a él); pero se engañaría quien no le crea dispuesto a hacer frente. No quiero hacer suposiciones gratuitas, pero acaso no agradaran mucho a Chamberlain ciertas alianzas que se le ofrecían en caso de guerra; las mismas que los Republicanos españoles tanto estimaban: Rusia.

De España más vale no hablar. La guerra se alarga y la ruina de nuestra tierra también. ¿Qué posibilidades quedan? Pocas veces habrá vivido uno con menos esperanzas que ahora y más provisionalmente. Un saludo cordial de su amigo

Luis Cernuda

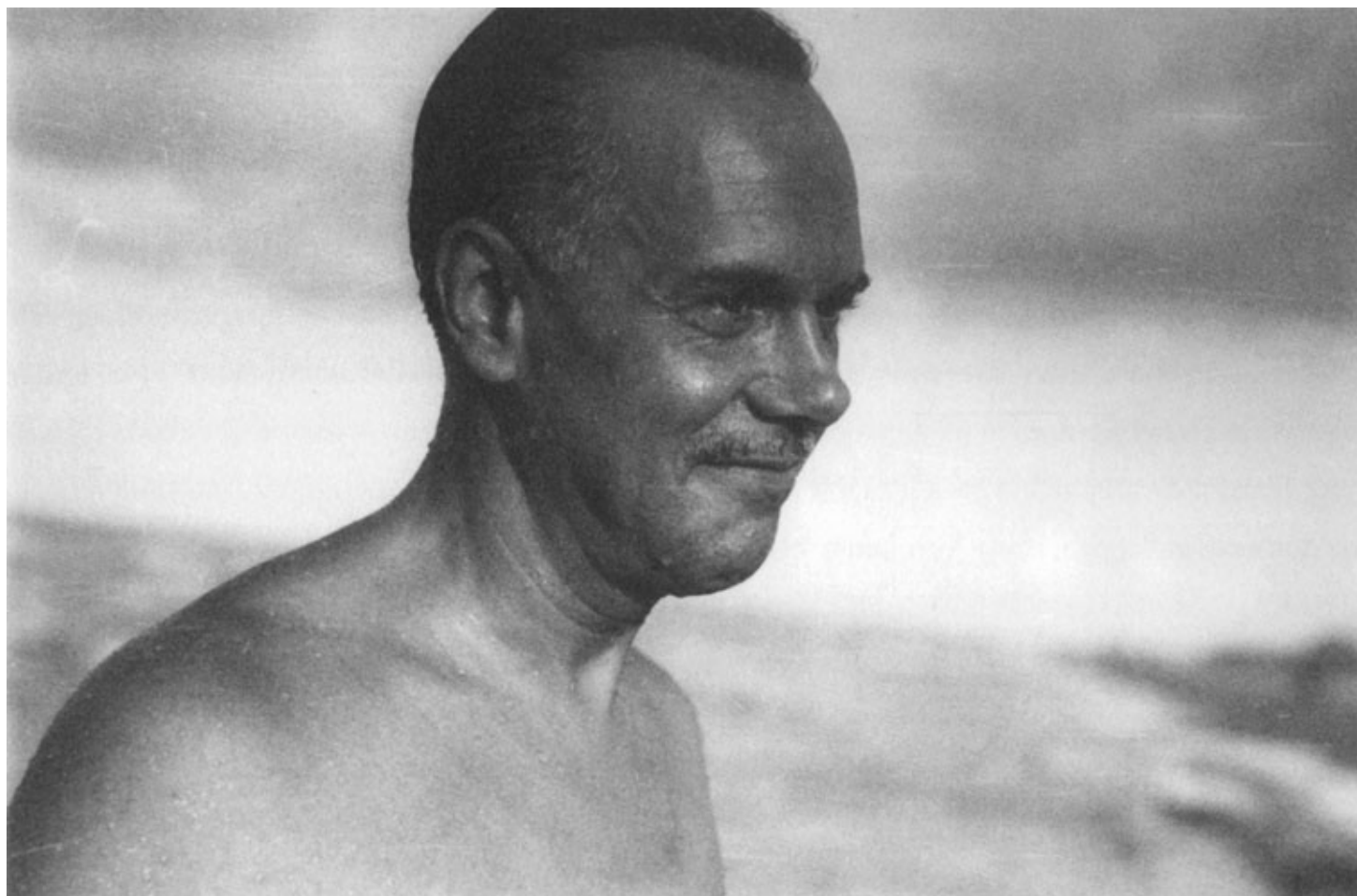
En aquellos meses de incertidumbre de finales de 1938, en que la diáspora intelectual en Europa empezó a adquirir dimensiones masivas, en que todos los españoles (como indica Cernuda) vivían al día, era muy difícil seguir el camino de los demás y más difícil todavía dar con su paradero. Rosenblat terminaría por establecerse, no en Ecuador, sino en Venezuela, en 1946, pero mientras tanto no parece haberse cruzado con el poeta sevillano; si se reencontró con Castro, no lo sabemos. En todo caso el interés de esta segunda carta para el lector actual radica más bien en los comentarios que Cernuda hace de orden político. Llama la atención, por

los más sensatas.

Síto es un país que parece sufrir vejez prematura (yo me aficiono ahora a él); pero se engañaría quien no le crea dispuesto a hacer frente. No quiero hacer suposiciones gratuitas, pero acaso no agradaran mucho a Chamberlain ciertas alianzas que se le ofrecían en caso de guerra; las mismas que los Republicanos españoles tanto estimaban: Rusia.

De España más vale no hablar. La guerra se alarga y la ruina de nuestra tierra también. ¿Qué posibilidades quedan? Pocas veces habrá vivido uno con menos esperanzas que ahora y más provisionalmente. Un saludo cordial de su amigo

Luis Cernuda



Luis Cernuda en Acapulco, años cincuenta

ejemplo, lo que señala ahora acerca del cambio de opinión del pueblo inglés con respecto a la paz de Munich, así como de la relevancia de ciertas ideas recientemente expresadas por Winston Churchill en contra de la política de “apaciguamiento”.² De hecho, su diagnóstico de la tensa situación política internacional, como ahora sabemos, resultaría muy atinada: los ingleses, encabezados por Churchill (en lugar de Chamberlain), no sólo se mostrarían dispuestos a oponerse a Hitler, sino incluso, por razones estratégicas, llegarían a hacer una alianza con la Unión Soviética, muy a pesar suyo, tal y como Cernuda presagia aquí, si bien primero habría de sobrevenir lo que nadie hubiera sido capaz de pronosticar: el pacto entre Hitler y Stalin. Finalmente, cabe destacar el profundo dolor con que en esta carta Cernuda contempla la

tragedia de la guerra civil en su país. Fiel a una actitud expresada en muchos de los poemas de *Las nubes* (1937-1940), Cernuda lamenta aquí, no la derrota de los republicanos (que en octubre de 1938 ya parecía casi inevitable), sino, simple y sencillamente, la destrucción misma de su tierra. Ganase quien ganase, España iba a quedar completamente destruida por el conflicto.

Después de esta segunda carta, el poeta y el filólogo tomarían caminos muy distintos. Castro se establecería en Estados Unidos, donde enseñaría literatura española en las universidades de Wisconsin (1938-1939), de Texas (1939-1940) y de Princeton (1940-1953). Cernuda pasaría otros nueve años en Gran Bretaña (1938-1947), saciando así su curiosidad por ese país de “vejez prematura”, antes de trasladarse a Nueva Inglaterra (1947-1952) y a México (1952-1963). No parece que se hayan vuelto a ver. Por lo mismo, más que hacer evidente la existencia de una gran amistad entre los dos españoles, estas dos cartas hablan elocuentemente del momento muy preciso en que sus vidas de repente se cruzaron. Sobre todo, dejan ver el interés con que en el otoño de 1938 Cernuda (como el mundo entero) seguía las negociaciones políticas destinadas a aplazar el estallido de una segunda guerra mundial, consciente como estaba de que la suerte de su país (y la suya propia) dependían ya de las decisiones de las grandes potencias internacionales.

² Cernuda tendría presente, sin duda, el discurso que Churchill dio en el parlamento británico el 5 de octubre de 1938 y que fue ampliamente comentada en la prensa. Convencido de que el acuerdo con Hitler suponía para Inglaterra “una derrota absoluta y total” (“a total and unmitigated defeat”), Churchill luego advirtió que este descalabro iba a ser sólo el primero de otros muchos, “a menos de que, recuperando la salud moral y con un vigor marcial supremo, volviéramos a levantarnos y nos unamos a la lucha por la libertad, como en tiempos pasados” (“unless by a supreme recovery of moral health and martial vigour, we arise again and take our stand for freedom as in olden time”). Véase Winston Churchill, “The Munich agreement” <http://www.winstonchurchill.org/learn/speeches/speeches-of-winston-churchill/101-the-munich-agreement>. Consultado el 8 de octubre de 2013. La traducción es mía.